

Asociaciones y política en la Argentina del siglo veinte

ENTRE PRÁCTICAS Y EXPECTATIVAS



Omar Acha y Nicolás Quiroga
(coordinadores)

prometeo'
libros

ASOCIACIONES Y POLÍTICA EN
LA ARGENTINA DEL SIGLO VEINTE

Omar Acha y Nicolás Quiroga
(editores)

Asociaciones y política en la Argentina del siglo veinte

Entre prácticas y expectativas

The logo for Prometeo Libros features a stylized lowercase 'p' that curves around the left side of the word 'prometeo'. Below 'prometeo', the word 'libros' is written in a smaller, spaced-out font.

prometeo
libros

Asociaciones y políticas en la Argentina del siglo veinte : entre prácticas y

expectativas / Omar Acha ... [et al.]. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Prometeo Libros, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-085-6

1. Historia Argentina. 2. Sociología. I. Acha, Omar

CDD

© De esta edición, Prometeo Libros, 2021
Pringles 521 (C11183AEJ), Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54-11)4862-6794 / Fax: (54-11)4864-3297
info@prometeolibros.com
www.prometeolibros.com
www.prometeoeditorial.com

Diseño: R&S

Armado: María Victoria Ramírez

ISBN:

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Índice

Presentación	
<i>Omar Acha y Nicolás Quiroga</i>	9
La idiosincrasia burguesa de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas. Una experiencia de “gremialismo” católico femenino entre los años veinte y cuarenta	
<i>Miranda Lida</i>	13
Entre la voluntad y el desencanto. Legitimidades tensionadas del vínculo entre las asociaciones obreras y el Estado en Mendoza (1939-1941)	
<i>Mariana Garzón Rogé</i>	35
Los valores católicos en la vida pública. El Círculo Católico de Obreros de Córdoba y su relación con las dirigencias sindicales y políticas peronistas (1943-1955)	
<i>Jessica Blanco</i>	57
El sindicato de “canillitas” y el mosaico de lo público en la sociedad política peronista (1945-1955)	
<i>Omar Acha</i>	81
¿Apéndice estatal? La CGT durante el primer gobierno peronista: asociacionismo, funcionamiento institucional y proyecciones políticas (1946-1955)	
<i>Gustavo Nicolás Contreras</i>	109
Peronismo y sociabilidad en el Noroeste argentino: la sociabilidad en un barrio obrero de Jujuy (1946-1955)	
<i>Marcelo Jerez</i>	129
Comunidad y carisma: continuidades en las modalidades organizativas de las unidades básicas peronistas (1945-1960) a la luz de la normalización partidaria de 1959	
<i>Nicolás Quiroga</i>	155
Asociacionismo obrero y popular en la aldea, Mar del Plata (1940-1960)	
<i>Agustín Nieto</i>	179

Las cooperadoras escolares durante el primer peronismo. El caso de Mar del Plata (1946-1955)	
<i>Mara Petitti</i>	201
Asociacionismo socialista en tiempos de peronismo: el caso del cooperativismo	
<i>Carlos Miguel Herrera</i>	221
¿“Prescindencia” o “clientelismo”? Los vínculos entre el Partido Socialista Democrático y el mundo asociativo (1958-1966)	
<i>Silvana Ferreyra</i>	247
Sindicatos y sociedad política en el contexto del Onganiato: el caso de la CGT de los argentinos	
<i>Valeria Caruso</i>	269
¿Toma del poder u ocupación del Estado? Sociabilidades políticas y reconversiones militantes	
<i>Humberto Cucchetti</i>	291

Presentación

El tema asociativo involucra en las ciencias sociales y en las humanidades más que un nivel específico de la experiencia colectiva. No se restringe, por ende, a los ámbitos “bajos” o “intermedios” de la acción, recintos que ensamblarían a los individuos en redes o nucleamientos en un plano de menor abstracción que las “estructuras”. Definir las eficacias en el tiempo de las prácticas de asociación implica situarse en la polémica intrínseca a la existencia del saber de lo social. La emergencia de las sociedades post tradicionales entraña el dilema de legitimar el poder y tallar las formas de la “sociedad”, de regular las relaciones entre individuos y grupos, de articular dominio y reconocimiento. Lo que hemos aprendido es que esos procesos no se realizan sin la participación de los sujetos, y en esa participación, las destrezas asociativas suelen tener una relevancia decisiva.

En la escena internacional o global, las investigaciones sobre asociaciones comportan diferendos que son más que científicos. Los nombres dicotómicos de Jürgen Habermas y Reinhart Koselleck simplifican, naturalmente, opciones que están lejos de aclarar el panorama —¿cómo no mencionar siquiera criterios tan desacordes como los de Alexis de Tocqueville, Antonio Gramsci y Maurice Agulhon?—, pero que expresan con nitidez los entretelones políticos subyacentes en investigaciones de aparente neutralidad valorativa.

Los estudios sobre asociacionismo en la Argentina tienen una larga historia. No podríamos hacer aquí la averiguación de un recorrido complejo y discontinuo. Lo cierto es que cuando se trata de asociaciones, por las razones apuntadas, se hace referencia a mucho más que a formaciones institucionales. Temas estrechamente conectados como “sociabilidad” y “poder social” lanzan las incumbencias de las investigaciones sobre asociaciones a la arena política, a la cultural y a la plasmación misma de la sociedad. Así las cosas, pesquisas tales como *Civilidad y política en los*

orígenes de la nación argentina, de Pilar González Bernaldo, o *La política en la calles* de Hilda Sabato inquirieron sobre las prácticas asociativas para comprender la constitución como tal de las formas políticas en situaciones de acelerada transformación durante el siglo diecinueve.¹ Respecto del siglo veinte, carecemos de estudios que planteen frescos históricos con la ambición de las obras recién mencionadas, pero referencias no faltan ni están ausentes discrepancias interpretativas. Quizá allí, los estudios de Fernando J. Devoto en torno a la experiencia migratoria del cambio de siglo diecinueve-veinte y la colección de ensayos de Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez, *Sectores populares, cultura y política*, nos provean puntos de vista alternativos.²

Nos parece prematuro establecer un balance de las indagaciones numerosas encaradas en las últimas décadas en torno al par asociaciones-sociabilidades. Las posturas existentes son menos consistentes de lo que sugieren preeminencias institucionales y se trata de temas abiertos. En los trabajos contenidos en el presente libro, se echará de menos, quizá, una adhesión conceptual unitaria, pero creemos que no se extrañará una voluntad de matizar las exploraciones de archivo con juicios hermenéuticos. Fue nuestra vocación que la heterogeneidad de los temas elegidos, las inclinaciones diferenciales de las argumentaciones y la pluralidad de espacios de análisis confluyeran en una discusión con las dicotomías –la más notoria, aquella donde Estado y sociedad civil son polos esencialmente antagónicos– hasta el momento prevalecientes en los estudios sociales del siglo veinte. Aun si esos dos polos pueden todavía soportar una máxima distancia teórica y promover novedosas investigaciones, sostuvimos la idea de ampliar los alcances de los asuntos resumidos en el término “asociacionismo” para descomprimir tradicionales divisiones de áreas temáticas y perdurables grupismos en los análisis. De esa manera, la diversidad alcanzada en este libro ya estaba prefigurada en la invitación inicial, pero creemos no estaban así insinuados los tanteos que provocan las preguntas sobre asociacionismos, sociabilidades

¹ Va de suyo que estas obras pertenecen a una muy profusa bibliografía que tiene por objeto prácticas de asociación desde épocas coloniales y más allá del espacio porteño. Además su expansión ha sido tan notable que, excediendo las cuestiones políticas y sociales, ha pasado a constituir conceptos orientadores también para los estudios de la vida cultural e intelectual.

² Valga aquí una aclaración similar a la nota precedente para los estudios anteriores al siglo veinte.

o disposiciones comunitarias en los odres consolidados de la historia política o la historia social.

* * *

Este libro es el producto de trabajos encarados en el Proyecto de Investigación Plurianual (PIP) financiado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas con el título de “Sociedad política en la Argentina moderna. Relaciones entre asociaciones intermedias y política (peronismo, catolicismo, socialismo), 1940-1960”. También, resulta de los estudios desarrollados en el proyecto de investigación UBACYT 2012-2015, “Peronismo y asociacionismo: repensar las prácticas asociativas del peronismo (1943-1976)”, y de los proyectos 2010-2012 del grupo de investigación “Movimientos sociales y sistemas políticos de la Argentina Moderna” (CeHis-FH-UNMdP). En ese marco, fueron organizadas las *Jornadas Académicas “El asociacionismo en la Argentina del siglo XX”*, realizadas en noviembre de 2012 en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”. De las ponencias allí presentadas, revisadas, algunas se publican en este libro. Agradecemos a las autoras y a los autores su predisposición a reescribir sus textos y a incorporarlos a una labor colectiva.

Omar Acha y Nicolás Quiroga

La idiosincrasia burguesa de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas. Una experiencia de “gremialismo” católico femenino entre los años veinte y cuarenta

Miranda Lida

Universidad Católica Argentina

Universidad Torcuato Di Tella

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

I. Introducción

Toda asociación es producto de su tiempo, y en este sentido la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas (FACE), establecida en 1922 por monseñor Miguel De Andrea, no es ninguna excepción. Guarda semejanza con otras formas de asociacionismo propias de su época. Así, puede comparársela con otras instituciones católicas de variado perfil: las había dedicadas a la militancia más aguerrida (Acción Católica Argentina); otras que funcionaban como espacio de sociabilidad juvenil, como es el caso de las mujeres del Movimiento Noelista o los varones de la Juventud Obrera Católica (JOC). Tenían cuotas más o menos relativas de autonomía; en algunos casos más, en otros menos; pero en todos los casos, combinaban las tareas propias de la militancia y el adoctrinamiento con la conformación de espacios de sociabilidad donde se podían compartir diferentes actividades: deportes, campamentos, funciones de cine, etc. La FACE tenía muchos rasgos en común con todas las demás expresiones

del asociacionismo femenino católico de su época, pero al mismo tiempo construyó un perfil propio que se definió a partir de una multiplicidad de rasgos que no suelen aparecer juntos en una asociación católica. Así, la FACE se parece por momentos a un sindicato exitoso, de allí que no podamos eludir la comparación con otras instancias preexistentes en el seno del movimiento socialcristiano; o a un club social; o a una tertulia de damas; o a una sociedad de fomento; o a una obra social que proporciona atención médica y mutual a sus afiliados. Sin embargo, era algo más y algo menos que todo ello.

Era una asociación *privada* fruto de la afiliación voluntaria de sus socias, pero al mismo tiempo jugó (o pretendió jugar) un papel relevante en la vida *pública*, e incluso en la política. Era una asociación católica pero no confesional, y no formó parte de la arquitectura del asociacionismo católico que sostuvo el episcopado (sin ir más lejos, no se integró a la Acción Católica), de tal manera que conservó su autonomía en una época en la que el laicado iba en pos de una mayor centralización y coordinación jerárquica. Era una asociación que cumplía funciones gremiales, pero su organización y funcionamiento se hallaban a gran distancia de las de cualquier sindicato. Fue una asociación de mujeres empleadas, trabajadoras, pero muchas de ellas pertenecieron a las incipientes clases medias, ya fuere por su estilo de vida o sus aspiraciones. Estas ambigüedades moldearon su idiosincrasia, que se reconstruye en este trabajo.

II. Antecedentes y significación

Existe una larga tradición en la Argentina de iniciativas inspiradas en el catolicismo social; los Círculos de Obreros (CO), fundados por Federico Grote en 1892, ocupan el primer renglón.³ Ya sea que se los considere una mera respuesta defensiva ante el avance socialista, anarquista o comunista, ya sea que se le reconozca una identidad que va más allá de ser una reacción al “temor rojo”, en el catolicismo social es un tema bastante transitado en la historiografía.⁴ Desde los estudios de género, por su

³ Para una relectura actualizada, véase María Pía Martín, “Iglesia Católica, cuestión social y ciudadanía. Rosario-Buenos Aires, 1892-1930”, Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Rosario, 2012.

⁴ Néstor Tomás Auza, *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, Buenos Aires, Docencia-Don Bosco-Guadalupe, 1987; Gardenia Vidal, “Ciudadanía y asociacio-

parte, no han faltado los cruces con la historia del catolicismo, y más si tenemos en cuenta el relevante papel que jugó la mujer en el catolicismo de entreguerras.⁵ En el cruce de estos problemas y perspectivas, podemos situar a De Andrea y su obra.

Las primeras incursiones de De Andrea en el gremialismo católico se remontan a la fundación de la Federación Profesional Argentina (FPA), establecida en 1917 por los Círculos de Obreros. Los Círculos no tenían base gremial sino más bien mutual; no organizaban a los trabajadores según rama de actividad sino según parroquia, de modo que podían adquirir un carácter interclasista. La FPA fue creada en cambio con el objetivo de instaurar la representación por rama de actividad, como si se tratara de verdaderos gremios. Fue una iniciativa de De Andrea quien, de manera algo ambiciosa, aspiraba a colocar el gremialismo católico preexistente, disperso y poco integrado, bajo la órbita de los Círculos. La nueva federación contó con el apoyo de distintas ramas de la producción: obreros del puerto, trabajadoras del fósforo en Avellaneda, obreros de la madera, telegrafistas, algunos empleados de comercio, tipógrafos, albañiles y otros gremios más. Una de sus primeras iniciativas fue la difusión de un manifiesto contra la huelga general. La condena católica hacia la huelga convivía con la aceptación de los sindicatos como vía legítima para canalizar reclamos. El tono era conservador. Como dijera De Andrea años después, se trataba de armonizar capital y trabajo: “Recuerdo con emoción los días en que catorce gremios obreros constituían la [Con] federación Profesional Argentina bajo cuya bandera de paz daban los primeros pasos hacia la coordinación del capital y del trabajo y hacia la armonización de las clases”.⁶

Tales ideas lograron atraer importantes figuras del clero de la época, entre ellas, Gustavo Franceschi y Bartolomé Ayrolo, este último párroco de Avellaneda de larga tradición en el movimiento socialcristiano. Ayrolo fue además el fundador del primer sindicato femenino católico del que

nismo. Los círculos de Obreros en la ciudad de Córdoba, 1897-1912”, en *Revista Escuela de Historia*, Universidad Nacional de Salta, N.º 5, 2006, entre otros trabajos.

⁵ Catalina Wainerman, “La mujer y el trabajo en la Argentina desde la perspectiva de la Iglesia Católica a mediados del siglo”, en *Desarrollo Económico*, vol. 21, N.º 81, abril-junio de 1981; Omar Acha, “Las percepciones de género según el catolicismo argentino plasmadas en *Criterio*”, en *Signos Históricos*, N.º 5, 2001, pp. 141-173.

⁶ Miguel De Andrea, “Europa, la Argentina, la familia”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Difusión, vol. 3, pp. 163-164.

se tengan noticias, bajo el nombre de *La Cruz*, compuesto por las obreras fosforeras que trabajaban en la Compañía General de Fósforos de Avellaneda y Barracas.⁷ De Andrea asistió en 1917 a la inauguración de *La Cruz*, asociación a la que permaneció vinculado durante largos años –seguiría activa hasta los años treinta, con estrechas relaciones con la FACE–.⁸ También Franceschi se vinculó con *La Cruz*.⁹ Fue además el impulsor del Círculo Blanca de Castilla, abocado a la acción sindical femenina a través de la conformación de un sindicato de costureras que se llamaría “La Aguja”, en que más tarde integraría la FACE, y otro más de obreras en Nueva Pompeya.¹⁰

La aparición de estos espacios gremiales femeninos ponía en evidencia que hacia los años veinte las mujeres que se movían en ámbitos católicos buscaban una manera de escapar a su tradicional papel de matronas de sacristía que oficiaban de madrinan de actos píos, imágenes religiosas y altares, pero no mucho más. La efervescencia femenina, que se volcaba a alentar el movimiento socialcristiano, debe ser comprendida en el marco de lo que significó la Primera Guerra Mundial. En la Argentina, el impacto de la guerra fue indirecto y menos intenso que en otras partes; sin embargo, las nuevas tendencias en lo que respecta al papel de la mujer no dejaron de hacerse sentir, en especial entre las jóvenes.¹¹

Estas transformaciones impactaron en el catolicismo, un mundillo donde las mujeres sabían moverse con soltura, puesto que solían apadrinar las iniciativas católicas de beneficencia. Esta intensa relación entre la mujer de la *belle époque* y el catolicismo, dominada por la presencia de algunas grandes matronas, se vio sin embargo desafiada por las nuevas tendencias que los *roaring twenties* trajeron consigo. Las más jóvenes, que habían nacido con el siglo xx, tenían sus propias inquietudes, códigos y modas, y hacían lo imposible para tomar distancia de sus madres,

⁷ El sindicato tenía 650 socias al momento de su fundación, según Osvaldo Bayer, *Los vengadores de la Patagonia trágica*, Buenos Aires, Galerna, 1972, vol. 1, pp. 48-50. Otra iniciativa destinada a las obreras fue la Caja Dotal, pero no funcionaba como instancia gremial, sino como caja de ahorros y mutual.

⁸ “Acción social cristiana. La función del domingo”, en *El Pueblo*, 23-8-17, p. 1.

⁹ “Movimiento gremial. Obreras fosforeras”, en *El Pueblo*, 19-8-17, p. 1.

¹⁰ “Centro de Estudios Blanca de Castilla”, en *El Pueblo*, 15 y 16-12-19, p. 1.

¹¹ Dora Barrancos, *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

tías y abuelas rompiendo las convenciones (dentro de lo que la moral católica toleraba, desde ya). Claro que estas tendencias no se generalizaron por todas partes al mismo tiempo.

En este contexto, De Andrea preparó el terreno para sentar las bases de la FACE. Luego del “éxito” obtenido con la Gran Colecta Nacional, lanzada como respuesta al clima de conflictividad social que tuvo por epicentro la Semana Trágica de 1919, y que le valiera a De Andrea la consagración como obispo (de Temnos), puso en marcha la iniciativa de nuclear en una única asociación distintos “gremios” femeninos. Así, la Asociación Católica de Empleadas se estableció en diciembre de 1922 con este solo nombre, puesto que todavía no se había organizado como Federación propiamente dicha.

Es importante destacar la utilización del término “empleadas”, en lugar de hablarse de obreras, puesto que sus miembros eran originalmente vendedoras y asalariadas de las grandes tiendas céntricas que rodeaban la parroquia céntrica de San Miguel, donde De Andrea ejerció como cura desde 1912 hasta su muerte en 1960. No se cultivaba una identidad de clase trabajadora. Tanto por el hecho de ser una asociación del centro de la ciudad –conservaría una jerarquía tradicional en la ciudad que se hacía extensiva a la propia sociedad–, como por el hecho de estar compuesta por empleadas de comercio, puede afirmarse que se trata de una organización de clase media que gozaba de una fuerte respetabilidad burguesa.

La convocatoria inicial estuvo dirigida a las empleadas cercanas a la parroquia de De Andrea. Las primeras en sumarse, organizadas por secciones según la casa de comercio en la que trabajaban, hasta alcanzar un número que rondaba las cuatrocientas, fueron las de Gath y Chaves y Casa Argentina Scherrer. Se constituyó una asamblea inaugural en el elegante salón céntrico *Prince George's Hall* y se anunció que concurriría al evento Regina Pacini, esposa del presidente Marcelo T. de Alvear, junto a una comitiva de damas entre las que se destacó Ana Elía de Ortiz Basualdo. El tradicional prestigio de De Andrea entre las clases altas jugó un papel relevante en el perfil de la FACE: desde un comienzo la flamante asociación de empleadas gozó de estrechos vínculos con apellidos aristocráticos con los que sus socias debieron aprender a codearse. Por ello, la FACE alentó que sus socias cultivaran el comportamiento decoroso y la buena educación, a tono con el perfil burgués de la asociación.

El modo en que se desarrolló esta primera asamblea da la pauta del mencionado perfil de la FACE: se alquiló un elegante salón, se invitó a varias damas de élite, se organizó un espectáculo de música, con canciones de motivo laico y religioso e incluso una sesión de prestidigitación. Los entretenimientos alternaban con los discursos de las autoridades, algo común en las asambleas de los Círculos de Obreros y, en general, en las sociedades de fomento y otros espacios de sociabilidad popular o de clase media.¹² Los festivales de la FACE combinaron el espectáculo “sano” de acuerdo con los parámetros católicos con la reafirmación de una identidad común en un evento de salón, espacio seguro para las mujeres.

Así, pues, la FACE tenía el perfil apropiado para captar empleadas de clase media. Ni por su público ni por su estilo tuvo la FACE un carácter obrero; menos que menos tuvo un perfil clasista. De Andrea prefería un gremialismo femenino típico de salón, lo más acorde para una barriada céntrica y comercial como la que rodeaba a San Miguel. Dejó a un lado cualquier prédica clasista y procuró hacer las veces de puente entre distintos sectores sociales: estos serán rasgos de larga data en la institución.

III. La FACE vista desde dentro

La FACE no fue un sindicato propiamente dicho. Sus objetivos fueron de tipo asociativo y recreativo, tal como pone en evidencia su agenda de actividades: celebración de festivales musicales; instalación de un comedor para que las mujeres que trabajaban horario corrido en el centro pudieran almorzar en un sitio barato y “decente”, según los criterios católicos –el comedor fue el corazón de la FACE–; celebración de procesiones y otras festividades y movilizaciones callejeras; organización de una biblioteca que estuvo a cargo durante muchos años del escritor nacionalista Gustavo Martínez Zuviría. Se incorporaron también servicios médicos de una complejización cada vez mayor. Las asociaciones no se organizaron, en principio, con el objetivo de pelear por mejores condiciones de trabajo, ni a través de la negociación con las patronales ni con diversas medidas de fuerza. En principio, se trataba de ofrecerles a las empleadas un lugar donde pudieran almorzar y pasar sus horas libres. Dicho de otra manera, la FACE escapaba del molde sindical y se

¹² “Asamblea inaugural de la Asociación Católica de Empleadas”, en *El Pueblo*, 4 y 5-12-22, p. 3.

aproximaba más a otras expresiones de mutualismo católico, como la de los Círculos de Obreros. Y si bien veremos luego que sí llegó a interpelar al Estado para solicitarle mejores condiciones laborales en distintas ramas de la producción, es necesario subrayar que recién a mediados de los años treinta se volcó a esta tarea; no así en sus etapas iniciales.

La FACE se alejó, también, del típico asociacionismo católico propio de su tiempo, que iba en procura de uniformarse y extenderse a nivel nacional, sobre la base de la complejización en las estructuras eclesiásticas argentinas. La FACE nunca se integró a ellas, como tampoco lo haría a la Acción Católica, fundada en 1931. Asimismo, si bien tenía estrechos vínculos con la parroquia de San Miguel, no era una asociación parroquial propiamente dicha. El hecho de no contar con una organización territorial a través de parroquias o diócesis le permitió desarrollarse con total autonomía de la jerarquía eclesiástica; efectivamente, funcionaba como una entidad de derecho privado –obtuvo en 1928 su personería jurídica– con estatutos, asambleas periódicas, rendición anual de cuentas y autoridades elegidas por las socias. Claro que el padrinazgo de monseñor De Andrea le daba a la asociación una impronta religiosa que era ineludible, pero en tal caso lo que importa destacar es que la FACE no estaba integrada a la red de organizaciones del laicado coordinadas por el episcopado. Alejada del discurso militante que el episcopado le imprimió a la Acción Católica, la FACE pudo desenvolverse sin mayores presiones por parte de la jerarquía; fue más un espacio de sociabilidad que de militancia propiamente dicha. Su único slogan, “todas para una, una para todas”, reforzaba el sentimiento de solidaridad entre las socias, sin hacer mención alguna a la confesionalidad o a los rancios valores del catolicismo integral.

No debería sorprender que una de las actividades de la FACE consistiera en la celebración de festivales con sesiones de declamación, interpretación de piezas teatrales y canto, desempeñadas las más de las veces por aficionadas. En los primeros años, la FACE solía alquilar salones vecinos, o bien la sede de la tradicional mutual italiana *Unione e Benevolenza*, o bien el salón *Prince George's Hall*; se hallaban a pocas cuadras de la parroquia de San Miguel, tenían escenario y una amplia galería para el público. Este tipo de festivales permitía que las socias participaran activamente (solían disfrazarse para actuar, cantar, etc.).

Comenzó además a tener vida pública, a través de la ocupación de espacios fijos en la movilización católica callejera. En 1925 se lanzó la primera “Semana de la Empleada” celebrada por la FACE. Se trataba de una campaña para reclutar nuevas socias, así como también para recaudar fondos con el propósito de fundar una amplia casa propia que funcionaría como sede social y se bautizaría la “Casa de la Empleada”. La FACE tenía en ese momento un pequeño local en la calle Suipacha 252, a una cuadra y media de San Miguel. La colecta, juzgada exitosa, concluyó con un festival celebrado en el salón de actos del Colegio San José, el tradicional colegio del barrio de Balvanera, que contó una vez más con la asistencia de Regina Pacini.¹³ Su presencia habrá de reiterarse en diversos eventos sociales vinculados a la FACE. En 1927, por ejemplo, un nuevo acto organizado por De Andrea y la FACE con motivo de la celebración del “Día del Pontífice” contó con la presencia de la esposa del presidente Alvear junto a Ana Elía de Ortiz Basualdo, entre otras damas de elite.¹⁴ Como puede verse, la FACE tuvo desde sus orígenes estrechos vínculos con círculos aristocráticos de los que no renegaría nunca; estos fueron decisivos para construir el perfil burgués de una asociación cuyos salones solían utilizarse para dar recepciones en las que participaron las élites políticas y sociales.

Y en 1928 se celebró, por primera vez, la procesión callejera de Semana Santa de las empleadas de la FACE, con la visita a varios santuarios céntricos: San Francisco, Catedral, Santo Domingo, La Merced. Se trataba de una movilización que llegó a formar parte del calendario regular del movimiento católico urbano de Buenos Aires en los años de entreguerras y era la contrapartida femenina de la peregrinación de los varones de los Círculos de Obreros. La procesión femenina –muestra cabal del activismo de las mujeres en la década de 1920– se hizo en 1928 en paralelo con la masculina.¹⁵ Por entonces, las socias alcanzaban una cifra de cuatro mil, distribuidas en un número cada vez mayor de secciones y rubros, y seguirían creciendo más todavía en los años sucesivos: además de las

¹³ “Tercer aniversario de la Federación de Asociaciones de Empleadas”, en *El Pueblo*, 16 y 17-11-25, p. 1.

¹⁴ “El homenaje de la Federación de Empleadas al señor Nuncio”, en *El Pueblo*, 4 y 5-7-27, p.1.

¹⁵ “La manifestación femenina del Jueves Santo”, en *El Pueblo*, 6, 7 y 8-4-28, p. 1.

empleadas de las grandes tiendas comerciales, se sumaron las de correos, del ferrocarril y las enfermeras.

Las enfermeras merecen un párrafo aparte. Desde comienzos de siglo, se habían expandido las escuelas femeninas de enfermería; algunas de ellas, asociadas a hospitales o a entidades de acción social, como la Cruz Roja o la Sociedad Conservación de la Fe.¹⁶ Ofrecían una salida laboral para el trabajo femenino, que se hallaba en franco crecimiento. No era quizá el oficio más prestigioso, en la medida en que implicaba estar en contacto con cuerpos enfermos, pero no por ello De Andrea las descuidó. Sacó provecho del hecho de que se conservara en la parroquia de San Miguel la antigua imagen de la virgen de Nuestra Señora de los Remedios, que provenía de la Hermandad de la Caridad de la época colonial. La imagen fue desempolvada y restaurada para organizar cada 21 de noviembre una procesión que a partir de 1929 se volverá una práctica recurrente, con sus largas columnas de enfermeras uniformadas. La FACE, pues, no tardó en incorporar una muy nutrida sección de enfermeras a su redil.

A medida que la asociación fue creciendo, se diversificaron las funciones que atendía. A fines de los años veinte, se tomó conciencia de que era necesario dar respuesta al deseo de contar con una casa de veraneo. Las vacaciones estaban dejando de ser un privilegio exclusivo de las clases altas. Puesto que en Mar del Plata y otros centros de veraneo escaseaban los hoteles con tarifas accesibles para los asalariados o la clase media, la FACE se hizo cargo de brindar servicios mutuales de turismo para sus afiliadas, que funcionarían como un neto antecedente del turismo sindical de los años cuarenta.¹⁷ Para 1928, se dio el lujo de adquirir una finca de tres hectáreas en Cosquín que no tardó en ser utilizada como sitio de recreo, si bien fue necesario reunir todavía más fondos a través de colectas para lograr que las instalaciones fueran acondicionadas a las necesidades de las socias, con habitaciones privadas con agua caliente.

¹⁶ Catalina Wainerman y G. Binstock, "El nacimiento de una ocupación femenina: la enfermería en Buenos Aires", en *Desarrollo Económico*, N.º 126, 1992, pp. 271-284; Karina Ramacciotti y Adriana Valobra, "La profesionalización de la enfermería en Argentina: disputas políticas e institucionales durante el peronismo", en *Asclepio*, N.º 2, 2010, pp. 353-374.

¹⁷ Anahí Ballent y Adrián Gorelik, "País urbano o país rural: la modernización territorial y su crisis", en *Nueva Historia Argentina*, vol. VII, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 166.

La FACE concentró sus esfuerzos en facilitarles a sus socias oportunidades para su esparcimiento con las comodidades y el confort modernos.

La obra crecía a grandes pasos. En julio de 1929, se estrenó un nuevo local de tres plantas en avenida Corrientes 441: la planta baja se destinó como sede del restaurante de la casa y los pisos restantes se utilizaron como consultorios médicos. La inauguración del edificio contó con la presencia de Marcelina Irigoyen de Rodríguez, hermana del presidente radical Hipólito Yrigoyen, junto al intendente municipal José Luis Cantilo, hombre de larga y estrecha amistad con De Andrea.¹⁸ Véase nuevamente la cercanía de la FACE a los círculos de poder.

El año 1930 trajo consigo una campaña intensiva, más ambiciosa que de costumbre, de recaudación de recursos, que daría por saldo la obtención del terreno para levantar la sede de lo que sería la Casa de la Empleada, la sede actual de la institución. La habitual “Semana de la Empleada”, que se repetía todos los años desde 1925, había sido programada para los primeros días de septiembre, pero debió ser pospuesta unos días debido al derrocamiento de Yrigoyen. Con una misa celebrada en la catedral, a la que asistió el vicepresidente Enrique Santamarina, así como también Carlos Iburguren, el interventor para la provincia de Córdoba designado por Uriburu, se dio inicio a la pospuesta “Semana de la empleada”, pocos días después de la “Revolución del 6 de septiembre”. Se hizo también un acto en el teatro Cervantes y otro más en el *Prince George's Hall*, donde se instaló una caja-alcancía para reunir colectas. A un promedio de unos cien mil pesos por día, y con aportes especiales que podían alcanzar los 75 mil pesos (en estos casos, el dinero se destinaba a un fin en particular, o bien para los consultorios médicos, o bien para la capilla de la institución), se recaudó al cabo de una semana más de medio millón de pesos. A ello debe sumársele el solar que fue donado por la Unión Popular Católica Argentina para ser usado como sede central de la institución, ubicado en Sarmiento 1272, entre Talcahuano y Libertad, tan solo a cinco cuerdas de la parroquia de San Miguel. El terreno les fue entregado prácticamente baldío, la FACE debió encargarse de reunir los fondos para su construcción. Así, las colectas nunca se detuvieron. Al mismo tiempo que se avanzaba con la recaudación de fondos, se hizo una campaña de reclutamiento que logró sumar casi 2200 nuevas socias que, a partir de allí, aportarían su cuota reglamentaria; con ellas, el número

¹⁸ *El Pueblo*, 21-7-29 y 22 y 23-7-29, p. 1.

total de asociadas trepó a más de 6000. Al finalizar esta campaña, sin miramiento alguno, pudo augurarse que en poco tiempo más la FACE superaría las diez mil socias.

No es de extrañar que, en diciembre, encontremos nuevamente a Uriburu junto a De Andrea en el acto de bendición de la piedra fundamental del nuevo edificio de la FACE, por construirse en Sarmiento. Y una vez puesta en marcha la obra, no dejó de demandar aún más recursos: fue necesario organizar nuevas colectas para reunir fondos para los consultorios médicos y su equipamiento, que insumían sumas cuantiosas. Se contó con el apoyo de una comisión de damas de la alta sociedad que prestó su nombre a la iniciativa, pero sin embargo, toda la colecta se hizo a cielo abierto en las calles entre gente común.¹⁹ Como en anteriores campañas de este tipo, se premió a los equipos que obtuvieran mejores resultados, hasta que se alcanzó más de medio millón de pesos, una cifra que excedió las expectativas, en plena crisis mundial, e hizo posible que la “Casa de la Empleada” fuera construida con bastante rapidez, para ser inaugurada en 1932.

Muy moderna para su época, la nueva sede conformaba un edificio de cinco pisos, levantado en un momento en que la construcción en altura aún era novedad en Buenos Aires. Si bien predominó el estilo arquitectónico francés, con reminiscencias de la *belle époque*, se procuró darle una imagen de austeridad y sencillez. El edificio contaba con un subsuelo donde se instaló una capilla; varios pisos para las oficinas de las secciones que componían la FACE; un piso con consultorios médicos para la atención de las socias, biblioteca, salón social y residencias. Los servicios médicos, destinados a las socias que pagaban regularmente la cuota mensual, contemplaban las especialidades médicas básicas (clínica, dermatología, oftalmología, odontología, cirugía y “señoras”) y estaban equipados con tecnología moderna, que incluía un aparato de rayos X. En la planta baja se instalaría, a su vez, el comedor para las socias, que se convertiría en el verdadero corazón de la casa dado que serviría para

¹⁹ La comisión de damas estuvo compuesta por Ana Lamas de Palacio, Ana Palacios de Nougués, Isabel Casares de Nevares, Ana Teresa Ortiz Basualdo de Olazábal, Angélica de Álzaga de Paunero, Florencia Tornquist de Castex, Ernestina Quesada de Guerrero, María T. de González Garaño, Juana Barreto de Zuberbühler y María Luisa Devoto de Bustillo. Al respecto, véase “Reseña de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas”, en *Agremiación Femenina*, agosto-septiembre de 1934, pp. 23-26.

dar recepciones y banquetes a personalidades públicas. Al momento de la inauguración del edificio, en noviembre de 1932, se lo presentó como si se tratara de un verdadero “palacio” para empleadas y trabajadoras, y así se lo publicitó en volantes callejeros.²⁰ La casa, sólida y amplia, le dio a la FACE su identidad, a la vez que su fortaleza, puesto que era difícil encontrar en Buenos Aires una entidad “gremial” que tuviera una sede de estas dimensiones, estilo y envergadura, y más en pleno centro de la ciudad, donde la propiedad era más cara.

En lo religioso propiamente dicho, la FACE difundió la devoción a Santa Teresita del Niño Jesús. Transmitía una espiritualidad sencilla, asequible para gente común y, en especial, para mujeres trabajadoras que no necesitaban aspirar a grandes obras para poder ser consideradas buenas cristianas, tan solo les bastaba con obrar bien en las pequeñas acciones cotidianas. A las devotas de Santa Teresita no se les exigía, pues, que realizaran sacrificios dignos de apóstoles, como se predicaba en cambio en el catolicismo más militante, adscripto a los valores integristas en boga. De Andrea predicaba una religión para la gente sencilla, sin tantas exigencias para el cristiano. No se podía pretender que todos los católicos fueran dignos émulos de los apóstoles, puesto que se corría el riesgo de que no se practicara sinceramente eso mismo que se predicaba a voz en cuello en la propaganda militante del catolicismo integral:

Resultan así buenos predicadores fuera, y dentro malos ejemplizadores. Pretenden edificar en público, y en la intimidad desedifican. Con su carácter indómito, su falta habitual de abnegación, el abandono de sus deberes domésticos, sus ausencias indefinidamente prolongadas por el tiempo que les insumen el juego, los esparcimientos y aun el apostolado de su preferencia, lejos de hacer atrayente para los propios, les vuelven odiosa la religión que pretenden inculcar en los extraños.²¹

De allí que insistiera en señalar que el adjetivo “católico”, tal como se usaba en el propio nombre de la FACE, refería tan solo a las asociaciones pertenecientes a la institución y no a las personas que la integraban.

²⁰ Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, ed., *1922-2002 Ochenta años de la FACE. Una trayectoria social*, Buenos Aires, Instituto Salesiano de Artes Gráficas, 2002.

²¹ M. De Andrea, “Europa, la Argentina, la familia”, en *Obras Completas*, ob. cit., vol. 3, p. 196.

Era preferible contar con buenas personas, antes que con aspirantes a apóstoles.

Podemos concluir esta descripción general de la FACE en sus primeros tiempos con las propias palabras de De Andrea acerca del perfil social de la asociación, al que definió como de clase media. No solo por tratarse de empleadas de comercio, sino por conformar una suerte de eslabón “intermedio” en la sociedad, que serviría de puente entre las elites y las clases populares, una idea que no era original en la época, pero que calzaba perfectamente con el carácter de la asociación:

Es también característica de esta institución la procedencia de sus componentes. Muchas hay de abolengo, la fortuna adversa las redujo a la dura necesidad del trabajo; pero en su mayoría pertenecen a la clase intermedia. Constituyen por lo tanto eslabones vivos que unen las diversas clases, por su procedencia y su actuación. Todo bien por lo tanto que se les haga irradiar por medio de los millones de las familias a que pertenecen, al pueblo con el cual conviven por medio de la actividad que ejercen, a los representantes del comercio y de la industria, y por medio del expendio a la aristocracia.²²

A diferencia de las entidades de caridad apadrinadas por la aristocracia, no había en la FACE una madrina de la institución que tomara todas las decisiones o que exhibiera su apellido como fautora de la obra; cuando se requerían fondos extra, se realizaban colectas callejeras entre la gente común; las propias empleadas tomaban las decisiones en sus asambleas, llevadas a cabo por mecanismos democráticos.

IV. El camino hacia la justicia social

Luego de la inauguración de la Casa de la Empleada en 1932, se produjo un proceso de expansión a nivel nacional. Pronto la FACE tuvo sucursales en La Plata, Paraná, Azul, Mendoza, Tandil, Tucumán, Junín, La Rioja, Rosario, entre otras ciudades. Lo más característico de su expansión reticular fue que la asociación contó con terrenos para las vacaciones de las afiliadas en Cosquín, en Necochea, Capilla del Monte, Castelar y en 1938 en Mar del Plata, de tal modo que a los servicios mutuales y de

²² “Con una misa en la catedral se inició el domingo la Semana de la Empleada”, en *El Pueblo*, 15/16-9-30.

salud se le sumó el acceso a estas fincas de veraneo. Buena parte de estas propiedades se consiguieron gracias a las recurrentes colectas de las socias.²³ La FACE contó además con una revista que circuló entre sus socias durante más de dos décadas, llamada *Agremiación Femenina*, que ayudaría a articular la asociación.

En 1935, según se dijo, contaba con 14.500 socias que, a cambio de una cuota mensual, accedían a una amplia gama de servicios. Un aviso decía: “A cambio de la módica cuota de 1 peso reciben: asistencia moral y corporal, consultorios gratuitos, rebaja de pasajes para los balnearios, clases de idiomas y labores y otros numerosos beneficios”.²⁴ A estos servicios se le sumarían otros con el correr de los años. Así por ejemplo, la bolsa de trabajo que serviría de atractivo para intentar captar nuevas socias; también, una serie de cursos y cursillos de los más variados temas (desde una introducción a la sociología cristiana, hasta taquigrafía y contabilidad). Más tarde, sobre esta base, se fundó una Academia, con cursos orientados a reforzar la preparación administrativa de las empleadas de comercio.²⁵ También se intentó por un tiempo, si bien no parece haber tenido éxito, establecer una cooperativa de consumo donde se podían adquirir a buen precio alimentos, artículos de almacén, indumentaria y calzado.

La revista de la FACE reflejaba las actividades de cada sección; en general, las noticias referían a las actividades sociales, casi como si se tratara de una columna “social” de cualquier revista femenina: nacimientos, bodas, necrológicas, noticias de viajeros, enfermos y las funciones cinematográficas de fin de semana. Es poco lo que se dice acerca de sus actividades puramente gremiales. Al fin y al cabo, la FACE no se concebía a sí misma como un sindicato. Más bien podría decirse que solía rehuir de ese mote: había una fuerte preocupación por evitar que se la confundiera con una “sociedad de resistencia”.²⁶ A mediados de los años treinta, todavía existían muchos pruritos al respecto, por temor a perder una cierta respetabilidad social. Es cierto que la FACE tenía preocupaciones de índole

²³ “Reseña de la FACE”, en *Agremiación Femenina*, agosto-septiembre de 1934, p. 24.

²⁴ “La cuota”, en *El Pueblo*, 4-1-34, p. 9.

²⁵ “Inauguración de la Academia de la Empleada”, en *Agremiación Femenina*, junio-julio-agosto de 1940, pp. 2-4.

²⁶ “No es una sociedad de resistencia la FACE”, en *El Pueblo*, 7-7-35, p. 7.

gremial, si bien trataba de que no ocuparan más que una pequeña porción de todas sus actividades. Abogaba por el mejoramiento salarial de sus empleadas, y así lo haría notar a través de sucesivos petitorios elevados al Congreso Nacional durante la década de 1930. Insistió además en la plena vigencia de la Ley de Protección a la Maternidad que había sido sancionada en 1934 por iniciativa socialista, pero que no había llegado a aplicarse, así como también se preocupó por jerarquizar el trabajo de la mujer y equiparar los salarios femeninos con los masculinos. El trabajo femenino era un dato inobjetable de la realidad del que no tenía sentido renegar; lo que había que hacer, creía Monseñor De Andrea, era “dignificarlo” a través del asociacionismo católico. Sin embargo, la FACE rechazaba la legitimidad de cualquier apelación a medidas de fuerza y prefería buscar la interlocución con el Estado. En todos los casos, De Andrea insistía en fomentar un sindicalismo respetuoso del orden establecido. Según afirmó en una entrevista de 1936:

La Federación cuenta con 24 asociaciones profesionales gremialmente organizadas. Cada gremio goza de autonomía y atiende a las necesidades, inquietudes y anhelos de sus asociados. Las presidentas de cada gremio, reunidas, componen el Consejo Superior, nexo de armonía entre las entidades autónomas. En total hay cerca de 16000 empleadas asociadas. El gobierno de los gremios se organiza democráticamente, en asambleas libres y elecciones ejemplares; el espíritu de organización que se desarrolla en la lucha y el trabajo colectivo, dicta las normas morales de disciplina sin las cuales sería imposible la vida armoniosa de una colectividad tan vasta que agrupa gremios tan diversos. [...]

Creo que no hay derecho a exigirle al pueblo constantemente resignación en la miseria. Hay que señalarle el camino de su redención económica, al margen de la lucha de clases, y oponer al espíritu de odio y de contienda el de armonía y buena voluntad.²⁷

Sobre esta base, se vinculó con el Departamento Nacional de Trabajo (DNT), incluso desde fechas bastante tempranas, cuando todavía no encontraba amplio eco en el movimiento obrero. En un principio, no se lo concebía como una agencia estatal cuya función consistiera en mediar entre las organizaciones representativas del capital y del trabajo. Fundado

²⁷ “La obra social católica vista a través de las asociaciones profesionales. Una breve charla con Monseñor De Andrea”, en *El Litoral*, 23-4-36, p. 4.

en 1907, a lo largo de sus primeras décadas se destacó por el desempeño de tareas de investigación, fuertemente ancladas en la estadística, pero tuvo pocas intervenciones en tareas de conciliación, mediación o arbitraje ante situaciones de conflictividad obrera, incluso a comienzos de la década de 1930.²⁸

Sin embargo, y por contraste, desde mediados de la década de 1930 hasta la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión bajo la batuta de Juan Domingo Perón en noviembre de 1943, la FACE trabó relaciones con el DNT, al que acudió en pos de reivindicaciones. En 1936, por ejemplo, De Andrea movilizó a la FACE por detrás de un pedido de aplicación de la Ley 11.729, una de las leyes obreras más importantes antes de los años peronistas, sancionada en 1933 por iniciativa socialista. La ley reconocía las indemnizaciones en caso de enfermedad y las vacaciones anuales pagas para empleados de comercio. La FACE llamó la atención acerca de las limitaciones en su implementación y reclamó la universal vigencia de esos principios para todos los asalariados, tal como quedó plasmado en un petitorio elevado al Congreso en ocasión de la fiesta del “Día de la Empleada” de 1936 (una de las tantas celebraciones rituales que la FACE hacía en las calles), con la expectativa de que el DNT tomara cartas en el asunto.²⁹

En 1937, la apelación al DNT se volvió más explícita que nunca. En una asamblea de las costureras de “La Aguja” (una de las secciones de la FACE), se informó que se elevaría al DNT una serie de reivindicaciones. “La Aguja” contaba con mil socias aproximadamente, un número exiguo en comparación con otros sindicatos del rubro. La situación entre los trabajadores textiles, un mundo predominantemente femenino, con trabajadoras en general de poca calificación, dio lugar a una serie de negociaciones ante el DNT, en algunas de las cuales participaría la FACE. Así, la campaña por la mejora salarial de las costureras se dio por concluida en octubre de 1937 con una asamblea organizada en la FACE en la que De Andrea celebraría el éxito de las gestiones, que dieron por resultado la elevación del salario mínimo de las costureras a \$ 4,5 (lo normal era que cobraran menos de un peso). Sin embargo, pronto comenzó a

²⁸ Juan Suriano, “El Departamento Nacional de Trabajo y la política laboral durante el primer gobierno de Hipólito Yrigoyen”, en Mariano Ben Plotkin y Eduardo Zimmerman, comps., *Los saberes del Estado*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

²⁹ “El día de la empleada”, en *Agremiación Femenina*, julio-agosto de 1936, p. 1.

advertirse que lo acordado no se respetaba: “El trabajo se hacía, la entrega se realizaba, pero el salario se frustraba [...] Es la denuncia que vengo a hacer ante el tribunal de la opinión. ¡YO ACUSO!”, exclamó De Andrea en una nueva asamblea.³⁰ De ahí que “La Aguja” se viera forzada a continuar sus campañas en pos de una ley que protegiera a las trabajadoras de manera más efectiva, para lo cual se reclamó la vigencia de la Ley 10505, de 1918, que establecía que las tarifas de los trabajadores del sector se fijarían a través de una comisión paritaria arbitrada a través del DNT.³¹

Los contactos con el DNT se hicieron cada vez más estrechos. Se volvió una constante la recurrente presencia en la Casa de la Empleada de Emilio Pellet Lastra, director del DNT desde 1939 hasta 1943, en las asambleas y otros eventos organizados por la FACE. Y más aún si tenemos en cuenta que durante la gestión de Pellet Lastra, se avanzó en dos reclamos en los que la FACE se comprometió abiertamente: el estatuto laboral de los bancarios y el de los trabajadores a domicilio, establecidos por las Leyes 12.637 y 12.713, respectivamente. Ambas leyes depositaron en el DNT el papel de arbitraje, y ampliaron así significativamente la jurisdicción de esta dependencia estatal. El estatuto de los bancarios fue sancionado en 1938 por la Cámara de Diputados, y en 1939 por el Senado. En 1940, finalmente, la ley fue promulgada. En cada instancia, fue necesario realizar gestiones ante los legisladores, elevar peticiones e iniciativas; De Andrea y la FACE participaron en ellas directamente y no eludieron, por cierto, el trato con Ramón S. Castillo. La presencia de Castillo en la FACE en octubre de 1939, justo cuando acababa de ser sancionado en la Cámara Alta el estatuto de los bancarios, no es un dato menor.

Puede concluirse que las intervenciones de De Andrea en cuestiones laborales en los años treinta se hacen eco de las transformaciones que se produjeron en el papel del Estado. La intervención creciente de las autoridades públicas, desde las gestiones personales del presidente y los parlamentarios, hasta la actuación institucional del DNT, encontró en De Andrea un firme colaborador, quien no vaciló en motorizar a la FACE como organismo de presión frente al Estado. De Andrea reconoció la

³⁰ “Discurso de Su Excelencia Rvma. Monseñor De Andrea”, en *Agremiación Femenina*, mayo-junio-julio de 1939, p. 3 (las mayúsculas en el original).

³¹ “Documentos de la campaña realizada por la FACE y la asociación La Aguja”, en *Agremiación Femenina*, julio-agosto de 1937; “Ecos de la promulgación de la ley de trabajo a domicilio”, en *Agremiación Femenina*, diciembre de 1941, p. 4.

necesidad de que el Estado jugara un adecuado poder de árbitro entre el capital y trabajo. Se aproximó a la elite política conservadora y trabó relación con todos los gobiernos de la década del treinta, incluso con los más “infames”. No cortó sus vínculos, por otra parte, con los sectores más acomodados, que ya comenzarían a ser denostados por su carácter oligárquico. Así, la FACE, con sus modales burgueses, procuró servir de puente entre el sindicalismo más moderado, el Estado y las elites.

Desde este lugar, no es de extrañar que la apropiación de la bandera de la justicia social por parte de la FACE (y de De Andrea) fuera a todas luces singular. En ámbitos católicos, el reclamo por la justicia social había cobrado fuerza a comienzos de los años cuarenta, tal como pone en evidencia la celebración de un mitin organizado en Plaza Once por parte de las más altas autoridades de la Acción Católica Argentina, junto con los Círculos de Obreros y la Juventud Obrera Católica (JOC), para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la encíclica *Rerum Novarum*.³² Ese mitin se hizo en nombre de la “justicia social”, y De Andrea no vaciló en prestarle su apoyo.

No obstante, De Andrea no tardará en señalar la necesidad de poner límites al reclamo social. Al mismo tiempo que reconocía las *justas* aspiraciones del trabajo, reclamaba la necesidad de conciliación con el capital, lo cual lo llevó a pregonar una cierta morigeración en los reclamos obreros: si bien reconocía la legitimidad de los derechos de los obreros, sostuvo también la necesidad de que recordaran sus deberes y atemperaran sus reclamos para evitar que se desembocara en “el exterminio del capital”. No admitía recaer en una posición pura y simplemente obrerista y en este sentido tenía un tono más conservador de lo que parece a simple vista. En su discurso pronunciado en la celebración callejera del “Día de la Empleada” de la FACE en 1943, De Andrea admitió que el reclamo de la justicia social era irrefrenable, pero al mismo tiempo subrayó la necesidad de evitar que desembocara en la revolución social.³³

Sobre esta base, es fácil augurar que la relación de la FACE y de De Andrea con el peronismo no será sencilla. La justicia social era una bandera

³² “Imponente resultó la Jornada de la Justicia Social”, en *El Pueblo*, 18-5-41, p. 1; *El Pueblo*, 25-10-41, p. 12.

³³ “Una nueva asamblea realizó ayer la FACE”, en *El Pueblo*, 20-6-43, p. 6; “Brillantes proporciones tuvieron los actos en celebración del Día de la Empleada”, en *El Pueblo*, 5 y 6-7-43, p. 11.